



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

VIAJEROS EN ESPAÑA DURANTE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

Por ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA

I. LOS VIAJEROS.

A pesar de lo breve del período transcurrido entre 1833 y 1840, el número de viajeros que dejaron testimonios escritos de sus andanzas por España no deja de ser considerable. La Primera Guerra Carlista, que por aquel entonces ensangrentaba las tierras de nuestra patria, no sólo no fue óbice para su presencia, sino que actuó como un poderoso imán que hizo acercarse a personas que en circunstancias más normales es dudoso hubieran llegado a la Península.

Entre aquellos que podríamos considerar viajeros en el sentido más estricto del término, tenemos a George Dennis, dotado de un nada común conocimiento de la cultura española, que dedica dos interesantes y muy descriptivos volúmenes al Madrid de 1835.¹ Aunque en marzo de 1836 aún se hallaba en la corte, no tardó en dirigirse a Andalucía, a la que dedicó la correspondiente obra, en la que no faltan un par de encuentros con los bandidos.² Charles Didier, que cruza la frontera española en noviembre de 1834, recurre al género episto-

lar para dar a conocer sus impresiones de España, cuyo primer esbozo fue anticipado en la *Revue de deux Mondes* y traducido, libremente, por Larra.³ Más tardía es la presencia de Dembowski, que también escribe en forma de cartas, y cuya obra ha sido detestablemente traducida al español.⁴ Su visita a George Sand sirve para dar un contrapunto a la visión que de los mallorquines nos da esta autora, sin duda resentida por el hecho de haber tenido que abandonar la casa que ocupaban en Palma debido a la tisis contraída por Chopin. De ahí su forzada residencia en la cartuja, donde su falta de tacto ante la religiosidad local le granjeó numerosas enemistades. Como ella misma reconoce:

«hubiéramos podido vivir en paz con estas buenas gentes, si hubiésemos hecho acto de presencia en su iglesia. No hubieran dejado de murmurar en cualquier momento, pero hubiéramos podido pasear por entre sus campos sin

³ Charles DIDIER: *Une année en Espagne*. París, Librairie de Dumont, 1837, 2 vols.

⁴ Barón Charles DEMBOWSKI: *Deux ans en Espagne et en Portugal pendant la guerre civile. 1838-1840*. París, Librairie de Charles Gosselin, 1841. Traducción española: Carlos DEMBOWSKI: *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil 1838-1840*. Madrid, Espasa-Calpe, 1931, 2 vols, donde de manera inconcebible se llegan a traducir mal palabras que en el original figuraban en correcto castellano, vg. tomo II, pp. 88 y 246.

¹ *Madrid in 1835: sketches of the metropolis of Spain and its inhabitants, and of society and manners in the Peninsula*. By a resident officer. London, Saunders and Otley, 1836, 2 vols. Es también autor de un libro sobre el Cid y de guías de viaje por Italia y Sicilia.

² *A summer in Andalucía*. London, Richard Bentley, 1839, 2 vols.

exponernos a recibir alguna pedrada en la cabeza, a la vuelta de cualquier zarzal. Desgraciadamente este acto de prudencia no se nos ocurrió en un principio, y lo ignoramos casi hasta el final, sin saber cuánto les escandalizaba nuestra manera de ser...encontraron un medio para vengar la gloria de Dios, medio que no era nada cristiano. Se coaligaron entre sí para no vendernos pescado, huevos y verduras más que a precios exorbitantes. No nos fue permitido invocar tarifa ni costumbre alguna. A la menor observación, nos decía el payés, con un aire de Grande de España, volviendo sus cebollas o sus patatas al fondo de la alforja: "¿No las quiere usted? No las tendrá". Y se retiraba majestuosamente, sin que fuera posible hacerle volver para llegar a un arreglo. Nos hacían ayunar para castigarnos por haber regateado».⁵

Tampoco faltó a la cita con España otro de los grandes escritores franceses, Teófilo Gautier, cuyo viaje da comienzo en mayo de 1840, y para el cual: «En España no se puede dar un paso sin tropezar con el recuerdo de Don Quijote: tan nacional es la obra de Cervantes. Sus dos figuras son el resumen de todo el carácter español: la exaltación caballeresca, el espíritu aventurero unido a un gran sentido práctico y a una bonachonería jovial llena de finura y de causticidad».⁶ Muy distinto es el caso de Stendhal, pues en sus *Memorias de un Turista* se recogen muchas excursiones que nunca llevó a cabo, como la supuestamente realizada a Barcelona, aspecto tanto más digno de destacar si se tiene en cuenta que algunas de sus apreciaciones han sido citadas por diversos autores.⁷

⁵ George SAND: *Un invierno en Mallorca. Introducción y notas de Valentí Puig*. Mallorca, Miquel Font Editor, 1991, pp. 206-207. DEMBOWSKI: *Dos años en España...*, pp. 161 comenta lo molesto que se encontraba con ella el cura de Valdemosa por no haber acudido a misa el día de San Antonio. Una visión española y coetánea de las islas en Antonio FURIO: *Panorama óptico-histórico-artístico de las Islas Baleares*. Palma, Imprenta de Pedro José Gelabert, 1840.

⁶ Théophile GAUTIER: *Viajes por España. Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán. Traducción de Jaime Pomar*. Barcelona, Taifa, 1995, p. 179.

⁷ STENDHAL (Henri Beyle): *Obras completas. Recopila-*

Menos conocidas son las obras de Henri Cornille y Édouard Magnien, donde alterna la narración de tipo realista con amplias ambientaciones históricas y relatos de un exaltado romanticismo, a veces también reflejado en las ilustraciones.⁸ Los préstamos de texto e ilustraciones entre la última de estas obras y la de Roscoe *The Tourist in Spain* ya fueron señalados por Iribarren, mientras que Gamir ha resaltado que en el caso de Málaga Roscoe se limita a copiar a Inglis.⁹ Aunque en ocasiones también pueda hacérsenos un poco fantástico por su afición a las narraciones de criptojudíos y criptomoriscos, la obra de Borrow es sin duda una de las más entretenidas y valiosas para conocer la sociedad de la época, y tal vez por ello ha sido objeto de diversas ediciones en nuestra lengua, incluyendo una traducción de Manuel Azaña. El agente de la sociedad bíblica no logró tan buenos resultados como se prometía de la implantación del liberalismo en España, y si hemos de creerle estuvo incluso a punto de ser fusilado en una ocasión en que le confundieron con el Pretendiente, lo que recoge sin acrimonia y con excelente buen humor.¹⁰

Otro de los más destacados viajeros ingleses fue Lord Carnarvon, cuyo viaje por España, aunque realizado en 1827, no se publica hasta 1836. Puesto que la obra aparece en medio de la guerra el autor añade amplia información y juicios sobre la misma, siendo un excelente portavoz del sentimiento procarlista de los conservadores británicos. En 1837 dio a la luz una segunda edición en que incluía una réplica al folleto de Villiers *The Policy of England towards Spain*.¹¹ La misma perspectiva

ción, traducción, ensayo biográfico y prólogos de Consuelo Berges. Madrid, Aguilar, 1988, 3ª, tomo IV, pp. 388 y 743-746.

⁸ Henri CORNILLE: *Souvenirs d'Espagne*. Paris, Arthus Bertrand, 1836, 2 vols; Édouard MAGNIEN: *Excursions en Espagne, ou chroniques provinciales de la Péninsule*. Paris, R. Lebrasseur, 1836-1837, 3 vols.

⁹ Thomas ROSCOE: *The tourist in Spain*. London, Robert Jennings and Co, 1835-1838, 4 vols. José María IRIBARREN: *Vitoria y los viajeros del siglo romántico*. Vitoria, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1950. Alfonso GAMIR SANDOVAL: *Algunos viajeros del siglo XIX ante Málaga*. Universidad de Granada, 1962, pp. 29.

¹⁰ George BORROW: *La Biblia en España*. Madrid, Alianza, 1987, pp. 350-355.

¹¹ Earl of CARNARVON: *Portugal and Galicia, with a re-*

puede apreciarse en la obra de Lord Londonderry, que durante su visita a España, posterior al Convenio de Vergara pero anterior al final de la guerra, no deja de ironizar sobre el liberalismo de los liberales españoles, y que, como tendremos ocasión de ver, es aquél de nuestros viajeros que realizó mayor despliegue de medios¹². Su mujer, que le acompañó durante el viaje, publicó más tarde un pequeño diario con cuyos beneficios se proponía contribuir «a la proyectada erección de un pequeño hospital en Seaham Harbour, en el condado de Durham».¹³

Dos autores británicos, Murray y Vaux, fijaron los Pirineos como objeto de sus viajes, pues consideraban que se trataba de un hueco en la literatura existente. El primero, que publicó también parte de sus relatos en la prensa, había redactado un volumen dedicado al País Vasco, si bien no creemos llegara a ver la luz¹⁴. En cuanto al segundo, cabe destacar la entrevista que mantuvo con Agustina de Aragón, que se había trasladado con su padre a la zona controlada por los carlistas¹⁵. Charles Edmond Boissier prefirió centrar su atención en el Mediodía, y su viaje científico, uno de los muy escasos del período, no se limita a la botánica, sino que ofrece interesantes observaciones sobre la política y la sociedad.¹⁶ Gustave d'Alaux publicó en la *Revue des*

Deux Mondes su «L'Aragón pendant la guerre civile», traducido recientemente por José Ramón Giménez Corbatón¹⁷, y otro viaje regional, el de Chaho, también cuenta en la actualidad con una versión española disponible, si bien no estará de más advertir que toda precaución es poca a la hora de abordar una obra tan marcada por la fantasía.¹⁸

Como ya hemos visto, no es extraño que quienes habían escrito una obra sobre España se animasen a redactar una segunda, y así ocurre con Alexander Slidell Mackenzie, autor de *A year in Spain*, obra publicada en 1829 y mandada perseguir por el gobierno de Fernando VII. A pesar de estos antecedentes, y de tratarse de un ciudadano de los Estados Unidos, el autor parece decantarse claramente por los carlistas, pues considera que el pueblo español no está aún preparado para la libertad.¹⁹

No faltan tampoco viajeros españoles del otro lado mar, como Antonio Carlos Ferrer y Herrera, autor del *Paseo por Europa y América en 1835 y 1836*, recientemente identificado por Pita Andrade, que ha realizado una reedición parcial de su obra;²⁰ y Guillermo Lobe, cuyo *Segundo viaje a Europa* no reviste en nuestra opinión excesivo interés.²¹

Junto a estos turistas de la época, encontramos a quienes llegan a nuestro país atraídos exclusivamente por la guerra. Tal es el caso del Reverendo Thomas Farr, late del Trinity College de Cambridge y autor de diversos libros de viajes, que escribe con el propósito de refutar las acusaciones de crueldad contra la legión británica.²² William Bo-

view of the social and political state of the Basque Provinces; and a few remarks on recent events in Spain. To which is now subjoined, a reply to the «Policy of England towards Spain». London, John Murray, 1837, 2^a, 2 vols. La mayor parte de lo referente a la guerra carlista desaparece en la tercera edición (1848), parcialmente vertida al español por Jesús Pardo en 1967.

¹² C.W. VANE, Marquess of Londonderry, G.C.B. &c: *A steam voyage to Constantinople by the Rhine and the Danube in 1840-41, and to Portugal, Spain, &c. in 1839, to which is annexed the author's correspondence with Prince Metternich, Lords Ponsonby, Palmerston, &c.* London, Henry Colburn, 1842, 2 vols.

¹³ Marchioness of LONDONDERRY: *A Journal of a three months' tour in Portugal, Spain, Africa, &c.* London, J. Mitchell and Co, 1843. La lista de suscriptores pone en evidencia las excelentes relaciones sociales de la autora.

¹⁴ James Erskine MURRAY: *A summer in the Pyrenees*. London, John Macrone, 1837, 2 vols. Sus intenciones en I, pp. IV. Se ocupa tanto de la parte francesa como de la española. Frederic W. VAUX: *Rambles in the Pyrenees; and a visit to San Sebastian*. London, Longman, Orme, Brown, Green & Longmans, 1838.

¹⁵ VAUX: *Rambles in the Pyrenees...*, pp. 199-200.

¹⁶ Charles Edmond BOISSIER: *Viaje botánico al sur de*

España durante el año 1837. Estudio preliminar de Manuel Pezzi Ceretto. Fundación Caja de Granada, Universidad de Málaga, 1995.

¹⁷ Gustave d'ALAUZ: *Aragón visto por un francés durante la primera guerra carlista*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1985.

¹⁸ Josep Agustín CHAHO: *Viaje a Navarra durante la insurrección de los vascos (1830-1835)*. San Sebastián, Auñamendi, 1976.

¹⁹ [Alexander Slidell MACKENZIE]: *Spain revisited, by the author of «A year in Spain».* «Salve! tierra de amor, mil veces salve!» London, Richard Bentley, 1836, 2 vols.

²⁰ Antonio C. FERRER: *Paseo por Madrid. 1835. Prólogo y notas de J.M. Pita Andrade*. Madrid, Almenara, 1952.

²¹ G. LOBE: *Mi segundo viaje a Europa, en los años de 1840 y 1841*. Madrid, Imprenta de Alegría y Charlain, 1841, 4 vols.

²² Thomas FARR: *A Traveller's rambling reminiscences*



(Grand Library in the Report)

La marquesa de Londonderry es una de las escasas mujeres que han dejado por escrito las vivencias de su estancia en España durante este período.

llaert cruzó la frontera como agente del barón de Haber, que trataba de conseguir fondos para don Carlos, y el conde de Custine, que ya había visitado España durante el reinado del Fernando VII, penetró en las provincias acompañando a la Princesa de Beira y los hijos del Pretendiente.²³

of the Spanish War; with a refutation of the charges of cruelty brought against general Evans and the British legion; and a defence of British policy. London, J. Ridgway & Sons, 1838.

²³ William BOLLAERT: *The Wars of Succession of Portugal and Spain, from 1826 to 1840, with resume of the po-*

Un grupo sobre el que hasta la fecha creemos no se ha llamado debidamente la atención es el de los corresponsales de guerra. Se trata fundamentalmente de periodistas ingleses, como Stephens, Gruneisen, Honan o Moore (*Poco Más*), siendo claramente favorables al carlismo los relatos de los tres primeros, «especiales» de periódicos *tories* (*Morning Post*, *Morning Herald*), mientras que el último fue enviado por el liberal *Morning Chronicle*.²⁴ También dejó testimonio de su estancia en España Guéroult, que escribía sus cartas para el *Journal des Débats*.²⁵ En cuanto a William Walton, autor de una de las obras mejor informadas sobre la guerra, y también periodista, pese a su estancia en la Península no tenemos claro si deberíamos clasificarlo como corresponsal del *Morning Post* o como agente de don Carlos.²⁶ Los datos transmitidos por estas obras son especialmente valiosos y en ocasiones resultan fuente insustituible, aspecto tanto más de destacar si se tiene en cuenta que apenas han sido utilizados.

Dado que la figura del corresponsal de guerra no estaba todavía excesivamente perfilada, la labor de estos periodistas no fue precisamente fácil. Thomas Farr critica a Gruneisen, Honan, Stephens y Henningsen (que en 1837 había cambiado la espa-

litical History of Portugal and Spain to the present time. London, E. Stanfor, 1870, 2 vols; Conde Roberto de CUSTINE: *Los Borbones de España y los de Goritz*, Madrid, Boix, 1839.

²⁴ Edward BELL STEPHENS, Esq: *The Basque Provinces: their political state, scenery, and inhabitants, with adventures amongst the carlist and christinos*. London, Whittaker & Co, 1837, 2 vols; Charles LEWIS GRUNEISEN, F.R.G.S.: *Sketches of Spain and the Spaniards during the Carlist Civil War. A lecture, delivered in the shire hall, Hertford, to the members of the Literary Association, by....., War correspondent of the «Morning Post» in Spain en 1837-8*. London, W.H. and L. Collingridge, 1874; Michael BURKE HONAN: *The Court and Camp of Don Carlos; being the results of a late tour in the Basque Provinces, and parts of Catalonia, Aragon, Castile, and Estramadura*. London, John Macrone, 1836; *Poco Mas: Scenes and adventures in Spain from 1835 to 1840*. London, Richard Bentley, 1845, 2 vols.

²⁵ Adolphe GUÉROULT: *Lettres sur l'Espagne*. Bruselas, N.J. Gregoir, V. Wouters y cie, 1840.

²⁶ William WALTON: *The Revolutions of Spain, from 1808 to the end of 1836. With biographical sketches of the most distinguished personages and a narrative of the war in the Peninsula down the present time, from the most authentic sources*. London, Richard Bentley, 1837, 2 vols.

da por la pluma, como corresponsal del *Times*), por pasar del bando liberal al carlista, dando a entender que tan sólo lo hacían para proporcionar datos al enemigo, por más que Gruneisen sea muy explícito al respecto cuando recoge haber dicho a los carlistas que no disponía de más información que la que podía leerse en las cartas remitidas a su periódico.²⁷ Enviado por el *Morning Post* para acompañar a don Carlos en su marcha sobre Madrid, y detenido por los liberales al separarse de la expedición Real en tierras de Castilla, Gruneisen estuvo a punto de ser fusilado, y de hecho tales fueron las órdenes dadas por Espartero, pero fue salvado por la oportuna intervención del embajador británico ante el ministro de la Guerra. Al recoger la actitud del general cristino, el periodista británico aprovecha la ocasión que se le presenta para hacer ver cómo había evolucionado la situación de los corresponsales entre la primera y la tercera guerra carlista:

«La subsiguiente explicación de Espartero fue que yo había hecho más daño con la pluma que cualquier espada de los generales carlistas. Posteriormente comunicó al general Wylde que debería fusilar a todos los corresponsales carlistas. Los periodistas son mejor tratados ahora, porque los "specials" del *Times* y del *Standard* en las provincias Vascas, y los del *Daily News* y el *Daily Telegraph*, han sido vistos como embajadores del cuarto estado. Nosotros lo pasábamos malamente en mi tiempo, pero las guerras de Crimea, India y Francia, han provocado el reconocimiento de los representantes de los periódicos, por su independencia y utilidad. Nosotros hemos sido y somos los guías de los historiadores, que estarán agradecidos por nuestros detalles, separados de los secos despachos y los formales relatos de los oficiales».²⁸

En cuanto a los carlistas, Honan recoge que no comprendían el interés que podía tener en jugarse la vida sólo por comunicar a otros la verdad, motivo por el cual la gente llana pensaba que él y sus compañeros eran embajadores o banqueros.²⁹ Su estancia en España acabó poco mejor que la de Gruneisen, pues aunque a diferencia de éste no paso varios meses de prisión, fue también obligado a abandonar España por el gobierno de María Cristina.³⁰

Otro grupo de viajeros vinculados a la guerra es el de los militares. El primero fue Badcock, coronel inglés enviado en 1832 para observar el cumplimiento de la neutralidad española ante la guerra civil portuguesa, y que tuvo ocasión de observar la efervescencia de los partidos en los meses inmediatamente anteriores a la muerte de Fernando VII.³¹ Después nos encontramos con los relatos de los oficiales que vinieron a servir bajo una u otra bandera. Entre los legitimistas, podemos destacar a los príncipes Schwarzenberg y Lichnowsky; los vizcondes de Ranelagh y Barres du Molard; los barones de Blacas, Du-Casse, y Rahden; así como a Goeben, Tande, Sabatier, Henningsen y Laurens. Alcock, Ball, Barreiros, Beolchi, Bernelle, Boyds, Clinton, Evans, Fall, Hardman, Hornbrook, Richardson, Rosen, Shaw, Somerville, Tanski, Thompson y Whicmann dejaron sus testimonios de la lucha vista desde el bando liberal. Siendo muchas de sus obras sobradamente conocidas por los historiadores del período, omitimos extendernos sobre las mismas, limitándonos a destacar que varios de estos títulos no aparecen en las bibliografías de viajes, sin que parezca haber ninguna razón especial para ello (¿por qué Henningsen y no Sabatier?, ¿por qué Clinton y no Shaw?).³²

²⁹ HONAN: *The Court and Camp of Don Carlos*, pp. 10-12 y 220.

³⁰ HONAN: *The Court and Camp of Don Carlos*, pp. 395 y ss.

³¹ Lieut-Col. Lovell BADCOCK: *Rough leaves from a journal kept in Spain and Portugal during the years 1823, 1833, & 1834*. London, Richard Bentley, 1835.

³² No me detengo a proporcionar los datos bibliográficos de estos autores puesto que por los motivos que se expondrán más adelante prácticamente no se van a utilizar en este artículo.

²⁷ FARR: *A Traveller's rambling*, pp. 94 y 253, aunque reconoce que gracias a ellos el público británico conoce la auténtica fuerza del carlismo. GRUNEISEN: *Sketches of Spain*, pp. 15.

²⁸ GRUNEISEN: *Sketches of Spain*, p. 36.

Pero no todos los extranjeros que hallaron la guerra en España vinieron a buscarla. Algunos se la encontraron, como les ocurrió a Bacon y Bulhao Pato, que tenían su residencia en Bilbao.³³

Por lo que a *Guías* se refiere, no parece ésta una época especialmente prolífica, si bien es verdad que en esta ocasión lo breve del período no puede menos de hacerse sentir. Aún así, nos encontramos ante la época de publicación del *Panorama matritense* de Ramón de Mesonero Romanos, la *Guía* de Solá de Barcelona, la de González de León de Sevilla o la más que completa de Taboada sobre Vigo, cuyos datos van de la vida cultural a la estadística de nacimientos y defunciones, pasando por los efectos de la guerra, la emigración, el comercio, la industria, las comidas típicas y prácticamente todo cuanto se pueda desear.³⁴

Pocos períodos habrá en que la información de tipo político y social facilitada por los viajeros de cualquiera de las categorías que anteriormente hemos mencionado resulte tan significativa como en

el que ahora nos ocupa. No obstante, y puesto que llevamos ya varios años trabajando en una obra sobre las guerras carlistas en la literatura, hemos decidido excluir conscientemente de este artículo los datos relacionados con la contienda civil de 1833-1840. Ello no quiere decir que hayan podido omitirse en su totalidad las alusiones a la guerra, pues resulta una realidad omnipresente, pero sí que hemos preferido fijar nuestra atención sobre aquellos aspectos que no tienen fácil cabida en la obra que nos encontramos preparando. También hemos omitido, pese a tenerlas redactadas, las páginas sobre múltiples aspectos de la realidad social española, pues en caso contrario nuestro artículo hubiera triplicado el límite marcado para el mismo. En cierta manera, podría considerarse que lo que aquí recogemos son los aspectos más estrictamente relacionados con los viajeros, prescindiendo de sus observaciones sobre el país excepto en aquellas cuestiones que les afectaban de manera directa.

II. VIAJAR POR ESPAÑA.

1. En la frontera.

Por lo general, la entrada en España se verificaba a través de la frontera francesa o de puertos como Cádiz y Barcelona, mientras que Santander, Bilbao o San Sebastián solían quedar restringidos a aquellos que querían implicarse directamente en el conflicto. La forma de penetrar a través de Francia difería bastante según se deseara visitar la España isabelina o la carlista, aunque en ninguno de los dos casos era empresa fácil debido a la guerra.

Mackenzie llegó a Bayona, camino de Madrid, el 10 de enero de 1834, y allí supo que los caballos de las postas habían sido utilizados por los carlistas para montar su caballería, por lo que sólo algunas mulas permanecían en las postas situadas entre Bayona y Vitoria. Además, como el camino se hallaba infestado de partidas, se le aconsejó desviarse a Pamplona. La precaución resultó completamente inútil, pues las poblaciones situadas sobre el camino a la capital navarra también se habían sublevado, y tanto él como los contrabandistas que le acompañaban tuvieron ocasión de convivir varios días con los carlistas. Sus acompañantes, que

³³ John Francis BACON: *Six Years in Biscay: comprising a personal narrative of the sieges of Bilbao, in June 1835, and Oct. to Dec., 1836, and of the principal events which occurred in that city and the Basque Provinces, during the years 1830 to 1837.* London, Smith, Elder and Co., 1838. Raimundo Antonio de BULHAO PATO: *Memorias. Scenas de infancia e homens de letras.* Lisboa, typographia da Academia Real das Sciencias, 1894, 2 vols.

³⁴ Ramón de MESONERO ROMANOS: *Panorama matritense. Cuadros de costumbre de la capital, observados y descritos por un curioso parlante.* Madrid, Imp. de Repullés, 1835-1838, 3 vols; José SOLÁ: *Guía de forasteros en Barcelona para el año de 1838, o sea, el amigo del forastero en la misma y sus cercanías.* Barcelona, librería de José Solá; Félix GONZÁLEZ DE LEÓN: *Noticia histórica del origen de los nombres de las calles de esta M.N.M.L. y M.H. ciudad de Sevilla, en cuyas noticias se reúnen las de las fundaciones de iglesias parroquiales, conventos, obras pías, casas más conocidas de títulos y Mayorazgos: la de los monumentos de antigüedad y bellas artes que en ellas se encuentran, la de los sucesos más memorables acaecidos en las mismas, con otras noticias curiosas.* Sevilla, imprenta a cargo de D. José Morales, agosto 1839; Nicolás TABOADA Y LEAL: *Descripción topográfico-histórica de la ciudad de Vigo, su ría y alrededores; con una noticia biográfica de varios hombres ilustres hijos del país.* Santiago, imprenta de la Viuda e hijos de Compañel, Diciembre de 1840. En 1833 apareció una curiosa réplica al *Manual* de Madrid publicada anteriormente por Mesonero: *¡Madrid! Indicaciones de una española sobre inmoralidades y miserias presentes, y su remedio.* Madrid, imprenta de D. Eusebio Aguado, 1833.

habían hecho gala de un exaltado carlismo, cambiaron de ideología al llegar a Pamplona, sobornaron a los aduaneros, y entraron en la ciudad sin mayores problemas.³⁵

Dembowski, que entra por el Pirineo aragonés a principios de 1838, ha recogido el ambiente que reinaba en la última aldea de la frontera francesa entre quienes se preparaban a entrar en España:

«Todo muestra un miedo singular en mis compañeros de viaje, que son españoles sin excepción, y se concibe, porque ¡desgraciados de ellos si caen en manos de algún guerrillero! El marqués ** está disfrazado de sacerdote mejicano y lo llamamos don Manuel; el vizconde*, su yerno, pasa por su pupilo; don Miguel*, yo no sé por qué personaje, y sólo yo me llamo por mi verdadero nombre y le conservo con todas sus letras en mi pasaporte francés. Resguardados bajo la campana de una inmensa chimenea, mis amigos conversan en voz baja con españoles que emigran de Aragón de las marchas y contramarchas de los carlistas y de los peligros del viaje que vamos a emprender. Al otro extremo de la sala, otros dos individuos, que se cree ser emisarios del Pretendiente, cenan hablando de una manera no menos misteriosa, sin prestar, no obstante, atención a un espía cristino que, con el sombrero de alas anchas tapándole los ojos, finge dormir a un lado y los escucha».³⁶

Tras haber estado con los legitimistas en el Norte, Honan decidió trasladarse a Cataluña para ver con sus propios ojos otro de los escenarios de la guerra. Provisto de los oportunos documentos penetró en España por la Junquera, donde él y sus acompañantes fueron sometidos a un minucioso registro que se pudo evitar pagando cuatro o cinco pesetas al oficial al mando. Debido a la presencia de los carlistas nadie continuaba por carretera, sino que todos cogían el vapor desde Port Vendres a Barcelona. El servicio de diligencias se hallaba in-

terruptido y tuvieron que coger una tartana para llegar a Gerona, causando su llegada gran admiración a los soldados que la guarnecían. Hasta las proximidades de Barcelona la situación no era más segura, y la carretera era teóricamente protegida por múltiples puntos fortificados.³⁷

Por lo que se refiere al primer contacto con las autoridades españolas, todos se muestran de acuerdo en que una propina simplificaba los trámites. Y al parecer no sólo a los viajeros, sino también a los propios contrabandistas, pues como contaba con toda tranquilidad el jefe de la aduana de Canfranc, eran personajes bravos y corteses: «Figuros –decía al marqués– que el domingo esas buenas gentes han venido a verme, y como yo estaba durmiendo la siesta, han encargado a mi esposa que me saludase en su nombre, y lo que vale más, que me diese una gran caja de cigarros excelentes. No tienen mala voluntad sino a los carabineros que los combaten a tiros, no hay ejemplo de que hayan disputado nunca con mis pacíficos aduaneros».³⁸

Entrar en la zona controlada por los carlistas era aún más complicado, no ya por los problemas que estos pudieran plantear, sino, sobre todo, por la vigilancia de las tropas francesas y cristinas. Gruneisen se puso en contacto con las autoridades carlistas de París para obtener su visto bueno, y de allí se dirigió en diligencia a Bayona, vía Burdeos, para cruzar la frontera del Bidasoa, lo que consiguió con ayuda de los contrabandistas no sin que les dispararan algún que otro tiro.³⁹ Honan, que también estuvo en Bayona, fue detenido por los aduaneros franceses a pesar de llevar sus papeles en regla, si bien una pequeña propina le permitió continuar su viaje.⁴⁰ Stephens fue trasladado de Bayona a Vera en menos de 12 horas por un grupo de contrabandistas, si bien lo áspero del camino motivó que llegase con las manos y el rostro cubierto de sangre.⁴¹

³⁷ HONAN: *The Court and Camp*, pp. 272-295.

³⁸ DEMBOWSKI: *Deux ans en Espagne*, p. 14.

³⁹ GRUNEISEN: *Sketches of Spain*, p. 15.

⁴⁰ HONAN: *The Court and Camp of Don Carlos*, pp. 37-40. En su opinión la descarada existencia de un club carlista en Bayona y el hecho de que la frontera se pudiera cruzar casi abiertamente, eran pruebas del poco caso que se hacía en Francia del tratado de la Cuádruple Alianza.

⁴¹ STEPHENS: *The Basque Provinces*, pp. 7-13.

³⁵ MACKENZIE: *Spain revisited*, tomo I, pp. 13-60.

³⁶ DEMBOWSKI: *Deux ans en Espagne*, Tomo I, pp. 10-11.

Evidentemente, el riesgo no era el mismo para estos periodistas que para los militares que se disponían a servir en las filas de don Carlos. Goeben, Rahden, Lichnowsky y otros muchos nos han contado las incidencias sufridas hasta su llegada a Zuggarramurdi, pero también hubo quienes acabaron su existencia ante un pelotón de fusilamiento del ejército cristino.

2. Carreteras y medios de transporte.

Las opiniones sobre el estado de la red viaria española difieren enormemente según la región a la que se haga referencia. Badcock, en su trayecto de Plasencia a Salamanca, encontró completamente destrozada la calzada por la que se habían desplazado los ejércitos francés y británico durante la guerra de la Independencia.⁴² Honan no duda en afirmar son excelentes: «el sistema de Mr. Adam ha estado, hace una centuria, en práctica en España».⁴³ Desde Santander a Burgos la carretera era magnífica, «bordeada a intervalos de árboles jóvenes. Sin embargo, los pueblos a través de los cuales pasábamos eran bastante miserables».⁴⁴ Según Didier, la *carrera real* que salía de Fraga no era más que un «ancho camino apenas señalado, que el barro hace impracticable en invierno. Aun esta carretera esbozada no es obra del gobierno, sino de una compañía de Cataluña que explota desde hace treinta años el monopolio de las diligencias, y que tiene beneficios considerables. La ruta no se ha hecho más que para su servicio y el de la posta: ninguna otra persona tiene derecho de pasar; esto hace que los arrieros sigan, so pena de ser multados, malos senderos fangosos trazados a derecha e izquierda de la *carretera*. He aquí un sistema de caminos bien entendido y del cual la civilización debe sacar grandes ventajas».⁴⁵ Las de Mallorca eran sencillamente espantosas.⁴⁶

⁴² BADCOCK: *Rough leaves*, pp. 31 y 116-117: «los caminos (que los españoles te dirán que son los mejores del mundo), están completamente sin reparar».

⁴³ HONAN: *The Court and Camp*, p. 348.

⁴⁴ POCO MAS: *Scenes and adventures*, tomo I, p. 135.

⁴⁵ DIDIER: *Une année en Espagne*, pp. 84-85.

⁴⁶ SAND: *Un invierno en Mallorca*, pp. 154-155.



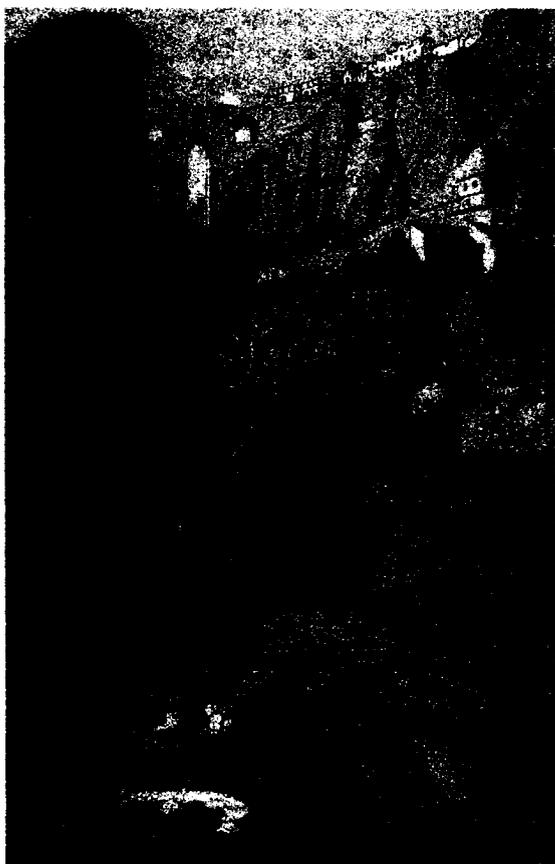
Dembowski aprovechó su viaje por España para visitar a su amigo Chopin.

Pero fuese cual fuese el estado de las carreteras del resto de la península, parece claro el buen estado de las existentes en Navarra y Vascongadas. Mackenzie señala la diferencia que se observaba al pasar de Navarra a Aragón, lo que atribuye a que debido a los fueros los navarros eran quienes se ocupaban de sus caminos, mientras que los aragoneses estaban a expensas del Gobierno.⁴⁷ Stephens recoge que de Durango a Ermua había una excelente, construida por el marqués de Valde Espina, y que a pesar de la guerra se continuaba trabajando en la construcción y mejora de nuevas vías, lo que es corroborado por Walton.⁴⁸

Las posibilidades del viajero a la hora de emprender el camino eran bastante variadas. Aunque

⁴⁷ MACKENZIE: *Spain revisited*, p. 108. Sin embargo recoge que la carretera entre Zaragoza y Madrid daba la sensación de haber sido hecha recientemente (p. 146).

⁴⁸ STEPHENS: *The Basque Provinces*, pp. 63 y 134.



La visión romántica de España puede verse en los paisajes que reproducen las obras de diversos autores, como es el caso de Davis: «A Summer in Andalusia».

no parece que fuera su primer designo, Ball se vio obligado a efectuar a pie el viaje entre Valencia y Madrid, pues cuando su bagajero supo que no iban a incorporarse a ningún convoy le dejó abandonado llevándose las mulas. Fue una excursión de más de 300 millas a través de un territorio inundado de partidas, y donde era necesaria una escolta de dos mil hombres para moverse con tranquilidad. En los pueblos no se veía un alma, y era frecuente que las autoridades guardasen dos lápidas, una con el nombre de Carlos V y otra con el de la Constitución, a fin de colocar en la plaza mayor la que en cada momento fuese menester. Tras sufrir múltiples vicisitudes, incluyendo una enfermedad que estuvo a punto de llegar a la tumba, logró llegar a Ocaña,

donde al considerarse seguro pudo volver a viajar de día. Su treinta aniversario le sorprendió en Valdemoro, ya a las puertas de Madrid. Al parecer la experiencia no le desagradó, y por ello el 10 de julio decidió salir con un amigo hacia El Escorial. No habían tenido tiempo de acostarse cuando se presentó en su alojamiento el comandante de armas que ordenó su prisión por hallarse sin pasaportes. De nada valió que protestaran no ser necesarios para desplazarse a una distancia tan corta, pues como les hizo ver el alcalde, «ningún hombre en el mundo viaja andando por placer». La situación no se resolvió hasta que un propio enviado a Madrid regresó con recomendaciones del embajador británico, lo que ocasionó la consiguiente sorpresa, pues nadie en El Escorial creía que dos personas respetables pudieran viajar sin caballerías. En su opinión, habría bastado un triste juramento para evitar todo el incidente.⁴⁹

Si no se quería llegar a los excesos anteriores, el viaje a caballo era el que proporcionaba mayores posibilidades para alejarse de los caminos y mezclarse con las gentes, motivo por el que en su día fue el preferido por Carnarvon. La guerra no hacía fácil encontrar uno bueno,⁵⁰ y tampoco era aconsejable pasar con él la frontera, pues no estaría acostumbrado a la dieta de maíz y habría que devolverlo a Francia para salvarle la vida, por lo que solía recomendarse el uso de las mulas.⁵¹

Unánimemente alabadas por los viajeros, las diligencias eran el más confortable y seguro medio de transporte. A diferencia de lo que ocurría en otros países, estaba destinada exclusivamente al transporte de personas, y sus precios eran muy elevados, pudiendo encontrarse entre sus usuarios a nobles y embajadores. El conductor o mayoral tenía a su cargo un tiro compuesto generalmente de siete mulas, pero que podía llegar a diez o doce, habiéndose visto incluso alguno de 16. Las dos últimas se hallaban enganchadas a las varas de la diligencia, y eran conducidas por las riendas, mientras que las demás iban sin brida y obedecían la voz. Sobre la primera se aposentaba un postillón que conducía la

⁴⁹ BALL: *A personal narrative*, pp. 270-303.

⁵⁰ POCO MAS: *Scenes*, tomo I, p. 27.

⁵¹ STEPHENS: *The Basque Provinces*, tomo II, p. 253.

caravana sin preocuparse de lo que pudiera ocurrir detrás suya. También contaban con un zagal que corría junto a las mulas distribuyendo, según las circunstancias, maldiciones, elogios, y golpes de bastón.⁵²

El personal solía completarse con dos escopeteros, encaramados en lo alto del vehículo con media docena de escopetas cargadas y fijadas sobre el techo como las piezas de sitio a las almenas de una fortaleza: «Estos escopeteros están muy bien pagados: son, muy frecuentemente, ladrones retirados o en actividad; en el último caso, su presencia es un tributo disfrazado que la administración paga a la banda, y sirve de salvoconducto. Son eficaces contra los *rateros* o pequeños ladrones aislados que hacen el oficio según la ocasión y por su cuenta particular. Los ladrones en bandas, los *caballistas*, como se llaman a sí mismos, profesan por ellos un profundo desprecio y los fusilan siempre que los encuentran, porque en España, país de etiqueta, hay una jerarquía de los grandes caminos».⁵³ En ocasiones la escolta marchaba a caballo: «eran hombres de alta estatura, de rostros característicos, encuadrados de enormes patillas negras, con amplios sombreros puntiagudos, anchas fajas rojas, calzones de pana y polainas de cuero. Más aire tenían de ladrones que de gendarmes, y era una muestra de gran ingenio llevarlos consigo, por miedo a encontrarse con ellos».⁵⁴ La presencia de la escolta se consideraba tanto más necesaria debido a la lentitud con que se efectuaba el cambio de tiros, que daba ocasión a que todo el pueblo pudiera observarlo, calibrando la calidad de los viajeros y dando aviso a los posibles bandidos. Cierto es que en ocasiones no era necesaria una observación de esta especie, pues también podía darse el caso de que fuesen los propios

dueños de las ventas los que estuviesen en contacto con los ladrones.⁵⁵

A pesar de su elevado precio no siempre era fácil encontrar un asiento, en cuyo caso una propina solía obrar milagros.⁵⁶ A pesar de la velocidad con que se desplazaba, y del no siempre buen estado de los caminos, el único de nuestro viajeros que narra haber tenido un accidente es Gautier, cuya diligencia volcó al encontrarse con otra, pero sin que ello tuviese mayores consecuencias.

Un medio de transporte que no parecía despertar grandes entusiasmos era la tartana, tirada por un caballo o mulo y sin ninguna clase de muelles.⁵⁷ En Mallorca se usaba frecuentemente el *birlocho*, «especie de coche de cuatro asientos, asentado en las varas como la tartana y dotado como éste de sólidas ruedas, macizos herrajes y guarnecido su interior por medio pie de borra de lana. Semejante acolchado da que pensar al instalarse uno por primera vez en un vehículo de apariencias tan suaves. El cochero se sienta sobre una tabla que le sirve de pescante, los pies apoyados sobre las varas y la grupa del caballo entre las piernas, de tal modo que tiene la ventaja de sentir no tan sólo todos los vaivenes de su carricoche, sino también los movimientos de la bestia, yendo así, a la vez, en coche y a caballo».⁵⁸ No parece que fueran mayores las comodidades de la galera, «carreta de dos o cuatro ruedas, que no tiene fondo ni suelo; la parte inferior está constituida por un tejido de cuerdas que forman una red donde se colocan los equipajes; encima hay un gran colchón español que, naturalmente, os hace sentir todas las esquinas y ángulos de los equipajes amontonados debajo. Los pacientes se colocan como pueden en este nuevo suplicio, junto al cual las parrillas de San Lorenzo y

⁵² DIDIER: *Un année en Espagne*, p. 12; GAUTIER: *Voyage en Espagne*, París, Charpentier, 1858, pp. 18-19; DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo I, pp. 31-33.

⁵³ DIDIER: *Un année en Espagne*, pp. 125-126.

⁵⁴ GAUTIER: *Viajes por España*, p. 172. La diligencia de Burgos a Madrid llevaba en octubre de 1835 una escolta de 5 hombres con trabucos, y además se decía que había un acuerdo con un jefe de ladrones al que se pagaba un canon para que la dejara pasar: POCO MAS: *Scenes*, tomo I, p. 176.

⁵⁵ MACKENZIE: *Spain revisited*, p. 84.

⁵⁶ Según el testimonio de George DENNIS: *A summer in Andalusia*, el viaje entre Cádiz a Madrid costaba 880 reales en la berlina y 540 en la rotonda, además de un real al día para los conductores, cantidades que para la época eran verdaderamente astronómicas.

⁵⁷ POCO MAS: *Scenes and adventures*, tomo I, p. 15; HONAN: *The Court and Camp*, pp. 279 y 377, la considera una tortura y se goza en describir los saltos que se pegaban en su interior.

⁵⁸ SAND: *Un invierno en Mallorca*, pp. 154-155.

de Guatimozin son un lecho de rosas, ya que en ellas era posible, al menos, moverse». ⁵⁹ También se veían en ocasiones viejas carrozas, que servían para el correo real o para la nobleza. ⁶⁰

En algunos lugares era posible trasladarse en barco, como hizo Moore en el canal Imperial, ⁶¹ o Lord Londonderry y su esposa para ir de Cádiz a Sevilla. Por cierto, que el exministro de la corona británica es el viajero que según nuestras noticias realizó un mayor despliegue de medios. Su comitiva se componía de un gran coche inglés en el que viajaban las damas, un ómnibus para el servicio, un furgón de transportes, y una escolta de seis lanceiros al mando de un suboficial. Los hombres realizaban el trayecto a caballo. ⁶²

3. Peligros del camino.

La presencia de los bandidos españoles parece ser uno más de los alicientes del viaje, y son muchos los que presumen de haber tenido algún encuentro con los mismos. Su existencia era endémica, y desde luego anterior a la guerra carlista. Así, Badcock recoge cómo a mediados de 1832 era imposible realizar el camino entre Navalalmoral y Plasencia sin disponer de una fuerte escolta, y no parece que la advertencia fuera en vano, pues a pesar de que tuvo la suerte de coincidir con un capitán de coraceros que marchaba al frente de su destacamento, la marcha «fue conducida con todas las precauciones de la guerra; teníamos avanzadas y flanqueadores; y estos coraceros parecían entender muy bien su tarea». ⁶³ Camino de Ciudad Rodrigo atravesó el paso del Espíritu Santo, «peligroso por ladrones y bandidos, y donde algunos oficiales

de graduación habían sido saqueados un día o dos antes de que nosotros llegáramos». ⁶⁴ A finales de octubre se encontró en una posada al pie del Guadarrama un carruaje que acababa de ser asaltado por los bandidos, pero de nuevo tuvo la suerte de coincidir con un destacamento de tropas que le proporcionó la debida escolta. ⁶⁵

La guerra civil no hizo sino aumentar las dificultades, y no faltaron bandidos que trataron de camuflar sus actividades con un manto político, aunque frecuentemente los delataba su propia actuación. La diligencia en que viajaba Didier fue detenida por un grupo de estos salteadores en las proximidades de Tárrega. Los hicieron ponerse contra el suelo (por supuesto no a Didier, que se negó) y les robaron los dineros que pudieron encontrarles, aunque sin registrar mucho. Y no faltó incluso algún detalle amable, como el de coger paternalmente en brazos a un niño que se había puesto a llorar. «¿Eran facciosos o simples ladrones? Eran ladrones que se querían hacer pasar por facciosos. A fin de hacernos creer el engaño nos pidieron nuestros papeles, pero no los leyeron (*pour cause*), y se dirigieron al que parecía su jefe y que presidía la ceremonia, dándole estúpidamente el título de *capitán faccioso*, prueba evidente que no eran facciosos, porque ellos no se habrían dado a sí mismos esta calificación: no hay más facciosos para los carlistas que los cristinos. Eran simplemente una banda de ladrones que, gracias a la guerra civil, trataba de dar un carácter político a su bandidaje». ⁶⁶ La experiencia les sirvió de lección y en Peñalva cogieron a dos soldados de la guarnición para que les sirviesen de escolta. Al parecer no se trataba de una costumbre inusual, sino de una iniciativa muy bien recibida por la tropa dado el lastimoso estado en que solía encontrarse. ⁶⁷

Su posición parecía excepcionalmente fuerte en Andalucía. Las colinas que circundaban Málaga estaban llenas de ladrones: «El capitán general no

⁵⁹ GAUTIER: *Viajes por España*, pp. 68 y 172-173; DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo I, p. 145.

⁶⁰ GAUTIER: *Viaje por España*, pp. 65-66, SAND: *Un invierno en Mallorca*, p. 156.

⁶¹ POCO MAS: *Scenes*, pp. 43-45.

⁶² C.W. VANE, Marquess of Londonderry: *A steam voyage*, tomo II, pp. 262. En uno de los pueblos del trayecto de Málaga a Granada, su cocinero, un francés que había estado al servicio del general Soult, le comentó que allí habían sido asesinados por los españoles varios de sus subordinados; Marchioness of LONDONDERRY: *A Journal*, p. 60.

⁶³ BADCOCK: *Rough leaves*, p. 28.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 40.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 94.

⁶⁶ DIDIER: *Un année en Espagne*, pp. 70-71.

⁶⁷ VANE: *A steam voyage*, tomo II, p. 281, considera que en ocasiones las escoltas militares no eran necesarias, pero que se recomendaban porque era una forma de pagar a la tropa.

puede hacer nada para que desaparezca tan deplorable situación, primero porque es el estado habitual de la provincia, luego porque no tiene tropas bastantes para contener a la vez a los exaltados, a los contrabandistas, a los rateros (ladrones de las casas) y a los bandidos, que son los amos en las carreteras de Málaga, Granada y Sevilla».⁶⁸ En ocasiones los propios bandidos se ofrecían como escolta, y en caso de ser rechazados asaltaban a los que de otra forma hubieran protegido. Las diligencias que no querían tener problemas estaban en tratos con ellos, y Dembowski fue testigo de cómo una cuadrilla detenía su diligencia y se llevaba al mayoral, pues *La Liebre*, un bandido que había decidido acogerse a indulto, quiso presentarle a Curro Romero, a quien en adelante debía de pagar por su protección.⁶⁹ Cierto es que la negociación no era el único sistema que se empleaba contra ellos y Gautier recuerda haber visto expuestas en una venta cercana a Sierra Morena las cabezas de tres o cuatro malhechores, «espectáculo siempre tranquilizador y que prueba que se está en un país civilizado».⁷⁰

A mediados de 1836 Lord Ranelagh coincidía en la diligencia de Sevilla a Madrid con tres oficiales que se dirigían al ejército del Norte: «estos valientes se habían cortado el bigote, y se llamaban a sí mismos paisanos en sus pasaportes; un subterfugio que, tú dirás, no augura bien para sus propensiones guerreras». Más escandalizado aún debió quedar cuanto al ser asaltados por el camino los militares españoles se negaron a intervenir y entregaron su dinero sin resistencia.⁷¹ Pero al menos en teoría su actitud era la correcta, pues generalmente los ataques eran protagonizados por grandes bandas y la resistencia era infructuosa, siendo en su caso seguida por la muerte, mientras que «cuando están satisfechos con su botín, son en general extremadamente educados, especialmente con las mujeres que hayan podido caer en sus manos, y a las que frecuentemente devuelven parte de lo robado».⁷²

Su presencia era también especialmente notable en Extremadura:

«De hecho, tantos robos se han cometido en esta carretera, que la real compañía de diligencias ha renunciado con prontitud a los carruajes usuales; y la especie de carro cubierto que lo ha sustituido, es robado generalmente una vez por semana. Para mostrar la frialdad con que estas materias son manejadas en España, la banda principal dio aviso a los propietarios en Madrid que, al menos que cierta suma de dinero les fuese pagada un día concreto, ellos quemarían todas las *tartanas*; !!!y el dinero fue pagado!!! El acuerdo no incluía protección a los pasajeros; siempre que hay escasez de cigarros entre los bandidos, hacen una salida y limpian los monederos de la compañía».⁷³

Junto a los bandidos propiamente dichos, que tenían un cierto halo caballeresco, y que solían cumplir sus compromisos, se hallaban pastores que vivían aislados, y que si eran obligados por la necesidad no dudaban en dedicarse al robo, siendo frecuente que también asesinaran a sus víctimas. Recibían el nombre de rateros, y contra ellos iban dirigidas las escoltas de las diligencias, así como las iras de los bandoleros, que tampoco dudaban en exterminarlos.⁷⁴

Al parecer, la zona más segura de España era la controlada por los carlistas en el Norte. Aún así Honan habla de la existencia de una cuadrilla, a finales de 1836, en un bosque de los alrededores de Gegama, y Stephens recoge que antes de su llegada había sido capturada por la población una banda de cuarenta ladrones que había realizado centenares de fechorías en las montañas de Guipúzcoa, y cuyo jefe resultó ser una mujer.⁷⁵ Por lo demás no son ellos ni otros autores procarlistas los únicos que nos hablan del orden imperante en

⁶⁸ DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo II, p. 33.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 38-39.

⁷⁰ GAUTIER: *Viaje por España*, p. 178.

⁷¹ VISCOUNT RANELAGH: «Rough notes from my diary in Spain», *Judy's Annual*, 1883, pp. 203-204.

⁷² DENNIS: *A summer in Andalucía*, p. 124. Este autor

dedica numerosas páginas a narrar historias de bandoleros (pp. 230 y ss), haciendo especial hincapié en José María (pp. 278-285).

⁷³ HONAN: *The Court and Camp*, pp. 408-408.

⁷⁴ DIDIER: *Un année en Espagne*, tomo II, p. 298.

⁷⁵ HONAN: *The Court and Camp*, p. 167; STEPHENS, *The Basque Provinces*, tomo II, p. 83.



Las obras de los corresponsales de guerra constituyen una inapreciable fuente de información para el estudio de la primera guerra carlista. Mapa del sitio de Bilbao del libro de Edward Bell Stephens: «The Basque Provinces».

la zona controlada por don Carlos, sino que este hecho es reconocido por un liberal como Farr: «Incluso admitiré más, que es la única parte de España donde puedes viajar con seguridad. Mientras los carlistas tuvieron ininterrumpidamente la posesión de la carretera desde Irún a Hernani y Tolosa, cualquiera podría haber viajado con una bolsa de oro sobre su cabeza y otra en su mano, sin ser robado, y siendo tan sólo necesario tener como guía a alguien del país para probar que tenías permiso de las autoridades carlistas para estar allí».⁷⁶

Pocos autores tratan de profundizar en los orígenes de esta amplia extensión del latrocinio, que Dembowski cree en algunas zonas muy inducido por la guerra:

«En cuanto a las causas del horrible bandidaje, la principal consiste en el hambre que lanza a los caminos a una multitud de desgra-

ciados. Despojado alternativamente por los carlistas y por los cristinos, y cansado de ser constantemente víctima, el campesino coge su escopeta como última tabla de salvación, y venga en otros más débiles que él la protección que la sociedad le niega».⁷⁷

4. Alojamiento y comida.

Por lo que se refiere al alojamiento, las valoraciones de nuestros viajeros son muy diversas. Honan guardaba buenos recuerdos de las posadas catalanas, y alaba la de Figueras (de dueño conocidamente carlista), la que utilizaba la diligencia en Gerona, y el hotel de las *Four Nations* en Barcelona.⁷⁸ El nombre debía estar de moda, pues Ball habla de otro hotel con la misma denominación en

⁷⁶ FARR: *A Traveller's rambling*, pp. 152-153.

⁷⁷ DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo I, p. 30.

⁷⁸ HONAN: *The Court and Camp*, pp. 276, 282 y 296.

Tarragona, una excelente casa donde dormir y comer, «con vino a discreción», costaba tres pesetas y media.⁷⁹ La excepción parece ser la de Tárrega, donde no había qué comer, y tampoco se disponía de camas suficientes para todos los viajeros, por lo que Didier decidió dormir encima de una mesa que nadie se disputaba.

También las del País Vasconavarro gozaban de buena fama. Honan considera que la de Astigarraga era una de las mejores, en lo que Gautier coincidía ya acabada la guerra, pues la encontró limpia y cuidada.⁸⁰ La de Tolosa era muy conocida merced a su doncella, que no sólo pasaba por ser la mujer más hermosa de la provincia, sino que además era una conocida partidaria de la reina, hasta el punto que acabó siendo expulsada bajo la acusación de haber querido envenenar a tres oficiales carlistas.⁸¹ En Alsasua Honan y sus acompañantes pudieron disfrutar de unos dormitorios mucho mejores que los normales, lo que según les explicó la patrona se debía a que allí se alojaban a veces Zumalacárregui y Don Carlos. Sin embargo la dueña parecía aún más orgullosa de la presencia de Lord Elliot, y le hubiera gustado ser visitada con más frecuencia por embajadores británicos que pagasen tan bien. Con tales antecedentes no es de extrañar que la factura duplicase las habituales.⁸² La nota discordante parecía ser Cegama, donde «la posada era miserable, las ventanas no tenían cristales, y no se podía obtener sino judías hervidas».⁸³ Mackenzie, que llegó a Pamplona a principios de 1834, habla con elogio de la posada de José Botoero, en Pamplona, donde se le condujo a «una habitación espaciosa, con una alcoba añadida, oculta

con limpias cortinas blancas; el suelo estaba cubierto con una estera de paja, las paredes pintadas de blanco y con pinturas religiosas, y todo el lugar tenía un aire de gran pulcritud y comfort».⁸⁴

La situación cambiaba sustancialmente al salir del territorio foral, y así se ha señalado que mientras las posadas de la carretera a Madrid estaban allí bien provistas, «no es hasta que el viajero llega a Castilla que se atraganta con aceite y ajo, o muere de hambre al menos que prefiera consumir revoltijos llenos de ambos».⁸⁵ Aún así bien podía tratarse de los edificios mejor acondicionados de los pueblos, y Gautier señala que en Torquemada el parador era el único lugar en que había cristales, pese a lo cual había un agujero en el techo de la cocina.⁸⁶ En Aragón las cosas no eran mejores, y era frecuente que al preguntar qué había de cena se obtuviera como respuesta un «lo que usted trae consigo».⁸⁷ En Anzanigo los viajeros se reunían en la cocina para luego sentarse sin ceremonia en una mesa donde había platos y cucharas de madera, pero no tenedores ni cuchillos, sustituidos por las navajas de los comensales.⁸⁸ Ciertamente es que en Zaragoza había un buen parador de diligencias, en el que se podía encontrar una confortable habitación, y cuyos moradores se reunían a comer a las dos de la tarde en torno a una mesa redonda.⁸⁹ La hora era más tardía que la habitual en las Provincias, donde se comía de doce a una.⁹⁰

En la zona norte no era infrecuente que el piso inferior se utilizase para el ganado, cerdos en el caso de Vera,⁹¹ si bien lo normal es que se tratase de las cuadras, como recoge Gautier: «La posada en donde nos detuvimos para comer tenía la cuadra por vestíbulo. Esta disposición arquitectónica se presenta invariablemente en las posadas españolas, y para ir al dormitorio hay que pasar por detrás de la grupa de las mulas».⁹²

⁷⁹ BALL: *A personal narrative*, p. 248.

⁸⁰ HONAN: *The Court and Camp*, pp. 67-68; GAUTIER: *Viaje por España*, pp. 35-37.

⁸¹ HONAN: *The Court and Camp*, p. 84.

⁸² *Ibid.*, pp. 168-171.

⁸³ *Ibid.*, p. 163. Y eso a pesar de que Honan era indudablemente de buen conformar, como puede verse por su afirmación de que había estado encantado de tener que comer en Sudaria en la cocina de la posada, en compañía de voluntarios y muleteros: «La chimenea se extendía por todo el ancho de la cocina, e innumerables pequeños tarros de tierra hervían a fuego lento sobre las cenizas calientes alrededor del fuego, conteniendo los diversos estofados de aceite, ajo y judías». (175).

⁸⁴ MACKENZIE: *Spain revisited*, p. 65.

⁸⁵ HONAN: *The Court and Camp*, p. 5.

⁸⁶ GAUTIER: *Viajes por España*, p. 67.

⁸⁷ MACKENZIE: *Spain revisited*, p. 122.

⁸⁸ POCO MAS: *Scenes and adventures*, p. 15.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 133-134.

⁹⁰ STEPHENS: *The Basque Provinces*, tomo II, p. 85.

⁹¹ STEPHENS: *The Basque Provinces*, p. 13.

⁹² GAUTIER: *Viaje por España*, pp. 44-45.

En Andalucía se encuentran posadas de todo tipo. La de Dennis en Baena era de aspecto miserable, y no había nada de comer, pues «raramente hay un almacén de provisiones guardado en una venta española, incluso en las posadas de las pequeñas ciudades como en este caso, *no hay* es una frecuente respuesta para todo el que pregunta por comida». Ello se debía a que los viajes eran irregulares e infrecuentes, lo que hacía imposible mantener aprovisionadas las despensas. Pero, al menos en este caso, los posaderos iban gustosamente a buscar cuanto el viajero pudiera desear y fuera posible encontrar en las proximidades. Tampoco la vajilla era abundante, pues sólo se les pusieron dos vasos para ocho personas, uno para el agua y otro para el vino, que les volvían a llenar cuando los vaciaban.⁹³ Ni siquiera en una gran ciudad, como Sevilla, y en una posada regentada por un inglés, lo cual parecería una garantía adicional, se tenía la seguridad de hallar un buen alojamiento, pues los Londonderry no encontraron sino una mala cena y las más incómodas de las habitaciones.⁹⁴ Ciertamente es que sin duda se trataba de personajes mal acostumbrados, pues ellos mismos nos cuentan el curioso episodio que tuvo lugar en el pueblo de El Colmenar, adonde llegaron en medio de la lluvia. La posada estaba completamente llena de viajeros españoles, que no tuvieron la delicadeza de ceder sus sitios junto al fuego para que se secaran las mujeres, ni estaban dispuestos a dejarse sobornar: «eran viajeros, pagaban como nosotros y no hubieran cedido el sitio a nadie. La situación de nuestras mujeres no tuvo efecto en estos rufianes». Tampoco había sitio para que su cocinero francés pudiera prepararles la comida. Pero todo se resolvió en pocos momentos cuando llegó el alcalde, pues una comitiva como la de los ingleses no podía menos de llamar la atención: «en pocos minutos sacó a todo el mundo fuera de la cocina, y a todas las mulas

fuera del establo; dando de patadas y puñetazos a toda persona que se pusiera en su camino, y derribando cualquier individuo que llevase un sombrero en su presencia; demasiado para la justicia y la igualdad de este bien gobernado país, donde nuestra escolta en voz alta y constantemente gritaba: ¡"Viva la Constitución!"».⁹⁵

Pero es indudable que, como en casi todo, también influía la suerte del viajero. Así, incluso un crítico tan acerado como Dennis pudo encontrar en Sevilla una posada, *Las Diligencias*, que no le pareció mal y que describe ampliamente como ejemplo de lo que cabía esperar en las mejores posadas españolas:

«Una amplia puerta conduce a un espacioso patio pavimentado, rodeado por una arcada, con una fuente en el centro, bajo la cual hay un depósito para peces. Todo el patio está cubierto con una gruesa pantalla de lona tendida de tejado a tejado. En uno de los lados de la arcada inferior está la taquilla de las diligencias; en el lado opuesto, tras un mostrador, permanece el posadero para recibir órdenes, dar instrucciones y hacer las facturas. Debajo de los arcos, además, hay mesas y sillas a intervalos, para la conveniencia de aquellos que deseen tomar aquí sus comidas. Una vieja pintura, o un pájaro en una jaula aquí y allí cubren las paredes. Algunas amplias y aireadas habitaciones, las *salles a manger*, se abren sobre el patio; están encaladas, pavimentadas con ladrillos y amuebladas simplemente con mesas y sillas, y unas miserables lonas pintarrajeadas contra las paredes. Estas habitaciones dan sobre un jardín, un lugar siempre grato en este país, y las profundas ventajas enrejadas están oscurecidas por parras, calabazas y otras lujosas enredaderas. Sobre el piso superior están los cuartos para dormir, en uno de los cuales hay decididos vestigios de la arquitectura mora. El mobiliario de mi habitación comprendía una baja cama de hierro, una mesa, y unas pocas sillas, Estaba pavimenta-

⁹³ *A summer*, tomo I, p. 340 y ss. También DIDIER: *Un année en Espagne*, se queja de que todo el mundo metía el tenedor en la fuente,

⁹⁴ LONDONDERRY: *A Journal*, p. 25. También BALL: *A personal narrative*, p. 237, tuvo una desagradable experiencia en la posada de un compatriota en Barcelona.

⁹⁵ LONDONDERRY: *A Journal*, pp. 81-82 y *A steam voyage*, tomo II, pp. 268 y ss.



Otros prefieren mezclar historias románticas con la narración de sus viajes, como es el caso de Cornellio.

da con tejas rojas, y tenía una honda ventana de cristal, cubierta con una gruesa cortina de esparto, que cuando se subía se enrollaba en la parte superior. Desde esta ventana yo podía pasear sobre una terraza de ladrillo, que dominaba el jardín antes mencionado y ofrecía también una deliciosa vista sobre otros amplios jardines. Naranjos y limoneros, cargados con frutos y flores, subían a lo largo del muro, introduciendo su olor en mi habitación, y me ofrecían una deliciosa comida».⁹⁶

En Madrid hay opiniones para todos los gustos. Moore, que se alojó en la *Fontana de Oro*, cerca de la Puerta del Sol, parece no haber quedado descontento,⁹⁷ pero Dennis no es de la misma opinión.⁹⁸ Ciertamente es que la capital también ofrecía otras posibilidades, que solían ser preferidas por los viajeros que habían de realizar una larga estancia. Así el corresponsal del *Morning Chronicle* dejó

⁹⁶ A *summer*, pp. 215-216.

⁹⁷ POCO MAS: *Scenes and adventures*, tomo I, p. 177.

⁹⁸ *Madrid in 1835*, tomo I, pp. 67 y ss.

su posada en un par de días para trasladarse a un apartamento en la calle Carretas. Tenía una buena chimenea en el cuarto de estar, que era muy espacioso; dos ventanas con sus correspondientes balcones, y una alcoba que daba al salón. El suelo estaba recubierto con una estera de esparto, y toda la casa estaba dedicada al alojamiento de huéspedes, cada uno de los cuales contaba con su correspondiente apartamento.⁹⁹ Ball se encontró con la sin duda para él desagradable sorpresa de que en Madrid no se daban billetes de alojamiento para los militares. En algunas calles se veían papeles en las ventanillas ofreciendo alojamiento, por lo que decidió hospedarse en una de estas casas, donde se encontró bien cuidado por gentes pobres pero honestas.¹⁰⁰ Dennis, que diferencia cuidadosamente entre posadas y fondas (donde no había alojamiento para los animales), recomienda las casas de pupilos, donde se comía en una mesa común y se podían hacer amistades. Didier se alojó en la calle del Carmen, en casa de doña Dolores, «la íntima amiga de un alto y poderoso personaje del partido carlista que no os nombraré a causa de mi respeto a la cachucha frailuna».¹⁰¹

También Dembowski prefirió alojarse en la casa de pupilos de doña Mariquita durante su estancia en Málaga, persuadido de que en las fondas no era donde el viajero podía estudiar las costumbres de un país: «por la módica suma de cinco pesetas diarias ocupó dos lindas habitaciones en el piso primero de su casita, y tengo mi cubierto en las tres comidas que son corrientes en la pensión».¹⁰² También Gautier se hospedó en una en Granada.¹⁰³

«Una muy diminuta *jícara* (taza) de chocolate, y un pedazo de pan, es el desayuno universal en toda España, y se toma usualmente en la cama; un

⁹⁹ POCO MAS: *Scenes and adventures*, tomo I, pp. 187-189.

¹⁰⁰ BALL: *A personal narrative*, p. 291.

¹⁰¹ DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo I, p. 35. Parece ser que no se alojó en casa de quien creía, sino de su hermana.

¹⁰² DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo II, p. 68.

¹⁰³ GAUTIER: *Viajes por España*, p. 186.

¹⁰⁴ *Madrid in 1835*, p. 101. Al parecer tal desayuno no era suficiente para los extranjeros, que según resalta el propio Dennis en otra de sus obras solían pedir algo más, *A summer*, p. 77.

gran vaso de agua lo diluye apropiadamente en el estómago, y entonces la gente empieza a pensar en levantarse».¹⁰⁴ La afición de los españoles al chocolate es recogida por todos los viajeros, y muy marcadamente por Dembowski, que la recoge de manera sumamente humorística: «Desde mi entrada en España, me encuentro sometido al régimen enteramente español del chocolate. Me lo dan antes y después del almuerzo, luego de merienda, después de cenar, y no me atrevería a asegurar que no me lo hagan tomar, sin saberlo, incluso durante la noche».¹⁰⁵ Por contra, el te estaba poco extendido en el país y tan sólo era usado como medicina.¹⁰⁶

Por raro que pueda parecer a un pueblo tan orgulloso de su comida como nosotros lo estamos de la nuestra, lo cierto es que no parece que fuera muy apreciada por los extranjeros.¹⁰⁷ Tan sólo el puchero parece resultar de su agrado, y es objeto de grandes alabanzas, no siendo excepcional que se recoja su receta, y asegurando que todas las familias de España lo comen todos los días, excepto en días de fiesta, en familias ricas, que se toma «otro horror», el estofado.¹⁰⁸ Pero dejemos que sea Dennis quien nos haga un breve resumen, cuyos pormenores son confirmados por otras fuentes, sobre las comidas de España:

«Pero una palabra sobre las comidas españolas y la rutina diaria de vida. Yo ya he mencionado la taza de chocolate al comenzar el día. Después de esto, las mujeres van a misa y los caballeros a los negocios, o ambos salen de paseo. Algunos toman un *almuerzo* a las ocho o las nueve, una comida substancial de chocolate o café, con bollos, mantequilla flamenca, tortillas, aves, bacon y tomates, y la fruta de la estación; otros, meramente un li-

gero aperitivo, que, como es tomado a las 11 en punto, es llamado *las once*. Negocios, por parte de los hombres, visitas o compras, por parte de las mujeres, ocupaban las horas hasta la comida, a las dos o tres de la tarde.

Una comida española no es fácil de describir por alguien que no esté versado en gastronomía. Consiste principalmente de un número de guisos o asados, en los cuales aceite y ajo predominan en gusto y condimentos. Es acompañado por una sopa –fideos, macarrones o arroz. Entonces viene su *distinguishing feature*, la *olla*, *puchero* o *cocido*, como es diversamente llamado –una mezcla de carne, ave, y vegetales, cocidos juntos y que varía en sus componentes de acuerdo con la estación del año, y las circunstancias de la familia. La especie mejor es muy rica en condimentos, conteniendo buey, cordero, jamón, aves, y *chorizos* o morcilla bien picantes. Un ingrediente indispensable es una pieza de bacon, originalmente, se dice, un test de fe religiosa; porque la *olla* era un plato moro, y cuando se adoptó por los cristianos españoles, el bacon fue añadido en orden de distinguir, en esos días de persecución, los moros o judíos que secretamente se adherían a la fe de sus padres. Esto aún se conserva, y una "*olla sin tocino*" hubiera sido como un pudding relleno sin relleno, de hecho es una expresión proverbial para algo raro y antinatural. Los vegetales son judías francesas, calabazas, berzas, y en todas las estaciones garbanzos, unos grandes *garbanzos* que no crecen, creo, en Inglaterra. La carne y los vegetales se sirven juntos en general, pero a veces en platos separados. La *olla*, que no contiene ajo, es más agradable para un paladar inglés que la generalidad de las comidas españolas, en la que abunda este vegetal [...]

Algunos otros *principios* siguen a la olla. El pescado está generalmente frito en aceite. Aves y caza son cocinados de diversas maneras. Púdines y pasteles son vistos muy raramente –de fruta, nunca; la fruta, aunque muy abundante, es comida cruda, pero melocotones, albaricoques y ciruelas son a veces cocidas. Los españoles, como nación, son muy

¹⁰⁵ DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo I, p. 19.

¹⁰⁶ BALL: *A personal narrative*, p. 314.

¹⁰⁷ Basta ver al respecto la siguiente afirmación de DENNIS: *Madrid in 1835*, p. 104, que recogemos en parte en el idioma original por considerarla intraducible: «Salvando el puchero, que es un plato bueno y sano, *Spanish kitchen insanity* (for "cookery" it cannot be called) is the abomination of abominations».

¹⁰⁸ HONAN: *The Court and Camp*, pp. 14-15.

moderados, no haciendo un dios de su vientre. Aunque el vino y el alcohol son extremadamente baratos, ellos raramente beben en exceso, y diluyen incluso el vino más ligero. El agua es su bebida favorita. Yo he visto atónito las grandes cantidades que bebe una persona a lo largo de un día [...] Cómo puede hacerse esto con impunidad, en un clima donde el más pequeño esfuerzo induce una profunda transpiración, es un enigma, pero es el hecho.

Algún refresco, como un helado o una taza de chocolate, se toma usualmente entre la comida y la cena, pero no hay una comida en España correspondiente a nuestro te. La cena, que cierra el día, es siempre una comida ligera: consiste de un *guisado*, un guiso de buey, o más comúnmente un *gazpacho*, una ensalada, donde lechuga, pepino, pimientos, aceite, vinagre, sal, pimienta, agua y pan se combinan para formar un plato muy agradable y refrescante».¹⁰⁹

Los extranjeros recogen la fama del vino de Valdepeñas, que a veces también denominan *Val de penas*, y la buena calidad de los de Navarra, donde se fijan sobre todo en el de Peralta.¹¹⁰ Sin embargo, ni que decir tiene que su especial atención es para los vinos de Jerez y Málaga.

5. Ciudades y casas.

Aunque son muy diversas las ciudades recorridas por nuestros viajeros, ni que decir tiene que la capital ocupa un lugar destacado. «El campo in-

mediato a Madrid tiene un triste aspecto. La ciudad con sus torres, cúpulas y campanarios, se levanta aparentemente en el medio de un desierto, aunque dentro de sus muros está todo lo que puede contribuir a las necesidades, comforts y lujos de sus variados habitantes».¹¹¹ La opinión de Moore sobre los alrededores de Madrid es compartida por todos los visitantes que se animan a hablar del tema. No así lo que se refiere al interior de la ciudad que para Dennis, con excepción de muy pocas calles y edificios públicos, no mitigaba el desagrado causado por la desnudez de su exterior. El aspecto de las casas no construidas recientemente era poco confortable, y el calor africano del verano madrileño hacía que el hierro de los balcones estuviese tan impregnado de calor que no se podía tocar a media noche: «el mal es remediado, en la medida de lo posible, colgando finas cortinas de lino de varias clases y colores delante de las ventanas, cubriendo al mismo tiempo los balcones. Cantidades de agua son también lanzadas sobre las tejas del techo y las cortinas, y proporciona cierta frescura... La variedad de cortinas colgadas en casi todas las ventanas, da una singular y no desagradable apariencia a las calles —una casa grande, con todos sus toldos extendidos, no es una mala representación de una línea de navíos de combate con todas sus velas».¹¹²

Por lo general la ropa colgaba de los edificios, cuya altura era irregular, lo que tampoco ayudaba a su buen aspecto. Las casas en construcción tenían buena aspecto, pero su distribución interior era demasiado pequeña, y los barrios bajos presentaban un aspecto «que sería una desgracia no sólo para la capital, sino para cualquier ciudad de sexto rango». La diferencia entre la forma de vivir de las diversas clases es también señalada, si bien se añade que «lo que nosotros entendemos por confort les parece una falsa búsqueda, inventada por una civilización debilitada. Ellos no sienten la ausencia de casi todas las cosas que envuelven los goces de la existencia. Viven como lo hicieron sus

¹⁰⁹ A *Summer*, pp. 216-218. La aversión hacia el excesivo ajo y aceite de las comidas españolas puede también verse en BALL: *A personal narrative*, p. 3. Del gazpacho sin tomate, tan extraño para los españoles de hoy, pero que según parece era lo habitual en la época, también nos habla DEMBOWSKI: *Dos años en España*, p. 188; Richard FORD: *Las cosas de España* Madrid, Turner, 1974, p. 149. Sobre la moderación de los españoles con el vino disponemos del testimonio de BALL: *A personal narrative*, p. 10, que los contrapone con los soldados de la legión británica.

¹¹⁰ BALL: *A personal narrative*, p. 286; GAUTIER: *Viaje por España*, p. 176; POCO MAS: *Scenes and adventures*, tomo I, p. 71.

¹¹¹ POCO MAS: *Scenes and adventures*, tomo I, p. 176.

¹¹² *Madrid in 1835*, tomo I, p. 19. Las medidas para combatir el calor también aparecen recogidas por GAUTIER: *Viajes por España*, pp. 107-108, que además tiene una completa descripción de los *búcaros* que servían para humedecer las habitaciones y enfriar el agua.

padres antes que ellos; comida de muy sencilla descripción, una casa para habitar, y una cama para dormir, componen su vocabulario doméstico, y no son ciertamente muy exigentes con la calidad de estos requisitos», y así ocurría incluso con la alta nobleza, cuyos mobiliarios eran pobres.¹¹³

Badcock, que visita Madrid a finales de 1832, cuando todavía no había comenzado la guerra, pero ya se dejaba sentir la hostilidad de los partidos, recoge que él y sus compañeros de diligencia fueron obligados a descargar sus armas de fuego al llegar a la capital. Su descripción tiene tan poco que ver con la anterior, que uno no puede menos de preguntarse si se refiere a la misma ciudad:

«La hermosa ciudad de Madrid estaba muy mejorada desde la última vez que la vi;

¹¹³ *Madrid in 1835*, pp. 22-100. La referencia a la perpetuación de los modos de vida también aparece en FARR: *A Traveller's...*, que considera que el Madrid de 1835 y 1837 era el mismo del *Gil Blas*. La descripción que de las casas hace GAUTIER: *Viajes por España*, pp. 105-106 tampoco es excesivamente halagadora:

El interior de las casas es amplio y cómodo, los techos son elevados y no se escatima el espacio en ninguna parte. En París se podría edificar una casa entera en el hueco de algunas escaleras. Se atraviesan largas filas de habitaciones antes de llegar a la parte realmente habitada, pues todas ellas tienen por único adorno su blanqueo de cal o un tono liso amarillento o azulado, y paneles de madera simulada. Lienzos ahumados y negruzcos que representan el martirio o la degollación de un santo; temas favoritos de los pintores españoles penden de las paredes, la mayoría de ellos sin marcos y doblados en sus bastidores. El entarimado es una cosa desconocida en España o, por lo menos, yo no lo he visto. Todas las habitaciones están pavimentadas con ladrillos; pero como éstos se hallan cubiertos con esteras, de caña en invierno y de paja en verano, el inconveniente no es muy importante; estas esteras de caña y de paja están trenzadas con mucho gusto. [...] Los pocos muebles que se encuentran en las habitaciones españolas son de un gusto espantoso, que recuerda el gusto *mesdidor* y el *gusto pirámide*. Las formas del imperio florecen con toda su integridad. Allí podéis ver de nuevo las pilastras de caoba, terminadas por cabezas de esfinge de bronce verde, las varillas de cobre y los recuadros de guirnalda *pompeya*, que hace ya mucho tiempo desaparecieron del mundo civilizado. Ni un sólo mueble de madera tallada, ni una mesa incrustada de concha, ni un tocador de laca, nada; la antigua España ha desaparecido por completo.



Boissier reprodujo decenas de láminas en color en su «Viaje botánico al sur de España», recientemente reeditado.

ciertamente era la única ciudad donde habían aparecido algunos nuevos edificios. Un magnífico arco triunfal había sido construido en la entrada de Toledo a la ciudad, en honor de la guerra de independencia, como los españoles llaman la *Peninsular war*; y nuevas avenidas de árboles habían sido plantados alrededor de los muros y carreteras principales. Yo no conozco ninguna situación más hermosa que la de Madrid.

Encerrada por un muro, no hay ninguno de estos insanos suburbios que bordean las proximidades de la mayoría de las otras grandes ciudades de Europa».¹¹⁴

¹¹⁴ BADCOCK: *Rough leaves*, pp. 98-99.

La guerra afectó a la ciudad más de lo que pudiera pensarse en un primer momento, tal como puede verse leyendo la narración de Dembowski, referida a 1838:

«Madrid, en fin, ofrece triste aspecto en este momento. Mientras el municipio hace derribar buen número de antiguos conventos, los ingenieros militares levantan reductos delante de las puertas de la ciudad, esperando una próxima visita de don Carlos. Por otra parte los palacios de las familias más ricas que han emigrado al extranjero están cerrados; la reina vive casi enclaustrada, el cuerpo diplomático se desvanece casi por completo en medio de las rivalidades existentes entre Francia e Inglaterra, y las calles están llenas de mendigos harapientos».¹¹⁵

No hay prácticamente aspecto de la vida capitulina que dejen de tocar nuestros viajeros, desde el alumbrado, que merece sus elogios, hasta la casa de fieras, pasando por la mujeres que lavaban la ropa en el río, los muros fiscales que la rodeaban, la casa de fieras, las ejecuciones en la plazuela de la cebada o en las afueras de la puerta de Toledo, los coches de alquiler, los abastos y el precio de los alimentos, la moda, los hospitales, las prisiones, los aguadores, los serenos, las casas de hielo, los establecimientos de caridad, el relevo de la guardia ante el palacio de Oriente, las diversiones públicas, el mundo cultural... Como es lógico no podemos detenernos en todos estos pormenores, algunos de los cuales tenemos previsto desarrollar en otras páginas.

Los lugares que llaman más la atención de los extranjeros son el paseo del Prado y la puerta del Sol. De ambos tenemos numerosas descripciones, que en el primer caso se centran en los aspectos relacionados con la moda y costumbres sociales, llamando poderosamente la atención la deferencia que se observaba al pasar los carruajes de las personas reales, ante los cuales las gentes se paraban y descubrían.¹¹⁶ De la Puerta del Sol se describe el

bullicio, con textos que no desmerecen en nada de los de un Mesonero Romanos.¹¹⁷

Mientras que Madrid es objeto de disputa, Barcelona parece satisfacer a todos. «Barcelona es una construcción enteramente moderna; no se remonta más allá del siglo pasado», afirma Didier, poniéndonos ante la duda de si no la visitó debidamente o de si aún no se había construido el barrio gótico.¹¹⁸ Honan encuentra que es «verdaderamente bonita»,¹¹⁹ y otros resaltan la buena acogida que se da a los extranjeros.

Son numerosas las descripciones de ciudades andaluzas. De Cádiz se afirma que es la urbe más limpia de Europa, con calles estrechas que impiden la circulación de los coches de caballos.¹²⁰ Sus tiendas eran distintas a las del resto del Continente:

«Raramente tienen cristales, generalmente están abiertas como puestos, con una persiana de tiras azules y blancas colgando delante de la entrada para excluir el aire caliente y los rayos del sol. Una esquina de la misma está siempre abierta para que los transeúntes puedan informarse de la naturaleza de las mercancías que se venden. Dentro hay un mostrador paralelo a la puerta; y sobre estantes colocados detrás están situados los artículos, pocas veces de gran variedad».¹²¹

La descripción de sus casas ocupa múltiples páginas, como también ocurre con las de Sevilla, cuyas diferencias no dejan de señalarse. Granada, Málaga y Córdoba son objeto de la atención de nuestros viajeros, especialmente de Dennis, que no en vano dedicó un par de volúmenes tan sólo a Andalucía, señalando el aspecto pobre y decadente de Ronda.

leaves, pp. 102- 103; *Madrid in 1835*, tomo II, pp. 309; FARR: *A Traveller's rambling*, p. 256...

¹¹⁷ DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo I, pp. 87 y ss.; POCO MAS: *Scenes and adventures*, tomo I, pp. 184 y ss.

¹¹⁸ DIDIER: *Un année en Espagne*, p. 34.

¹¹⁹ HONAN: *The Court and Camp*, p. 296.

¹²⁰ *A Summer*, tomo I, pp. 80-97; DEMBOWSKI: *Dos años en España*, tomo I, pp. 242 y ss.; VANE: *A steam voyage*, tomo II, pp. 147 y ss.; LONDONDERRY: *A Journal*, pp. 23...

¹²¹ *A Summer*, tomo I, pp. 85.

¹¹⁵ DEMBOWSKI: *Dos años en España*, pp. 36-37.

¹¹⁶ POCO MAS: *Scenes and adventures*, tomo I, p. 210 y ss.; GAUTIER: *Viaje por España*, p. 95; BADCOCK: *Rough*

De Valencia se nos dice que había sido notablemente embellecida por Elío, y que ofrecía un triste panorama debido a la guerra:

«Valencia es una morada muy triste en este momento. A cada instante, redobles de tambores, paso de desgraciados campesinos arrebatados a sus tierras por las batidas de los cristinos, para que no se apoderen de ellos las partidas aragonesas, o el anuncio de alguna nueva crueldad cometida por ellas en los campos de la Huerta. Papeles que contienen los manifiestos de la Junta de represalias llenan las calles, y la miseria es tal, que no se puede dar un paso sin verse asaltados por niños sin ventura que os suplican les compréis unos billetes de lotería, último recurso de sus familias reducidas a la indigencia. Y para que nada venga a distraer en medio de tanta tristeza, todas las puertas de la ciudad, excepto la del mar, están cerradas como medida de seguridad general».¹²²

En el Norte tenemos descripciones no sólo de Pamplona y las capitales vascas, sino también de diversas ciudades controladas por los carlistas, como Tolosa, Vergara, Oñate o Durango, debidas a los corresponsales de guerra que permanecieron en la zona del Pretendiente. Pero más impresionantes resultan las referencias a las ciudades y pueblos de Castilla. Toledo se nos presenta como la ciudad más triste de España, con calles estrechas que servían para que el sol no abrasase a los peatones. Salamanca conservaba aún numerosas huellas de la guerra de la Independencia (lo que también ocurría en Zaragoza, si bien allí había casas que no se restauraban por considerarse un honor las huellas de metralla); Burgos estaba llena de pobres andrajosos; Olmedo y Briviesca en ruinas; Aranjuez y El Escorial en plena decadencia...

De Palma contamos con la siempre crítica visión de George Sand, que no nos podemos resistir a recoger:

«Habiendo recorrido Palma para buscar

habitación, entré en gran número de casas. Se parecían entre ellas de manera tan exacta que pude suponer un carácter general a los que las habitan. No he penetrado en ninguno de estos interiores sin que se me oprimiera el corazón de disgusto y enojo, sólo con ver las paredes desnudas, las losas manchadas y polvorientas, los muebles pocos y sucios. Todo atestiguaba la indiferencia y la inacción; nunca vi un libro o unas labores de mujer; los hombres no leen, las mujeres no cosen siquiera. El solo indicio de una preocupación doméstica es el olor de ajo que revela el trabajo culinario, y las únicas señales de diversión son las colillas de cigarro esparcidas por el suelo.

Esta ausencia de vida intelectual, convierte la habitación en algo muerto y vacío que nada tiene en común con las nuestras y que hace que el mallorquín se parezca más al africano que al europeo.

Así, todas estas casas, donde las generaciones se suceden sin transformar nada a su alrededor y sin imprimir ninguna huella individual en las cosas que ordinariamente participan en alguna forma de nuestra vida humana, más parecen paradores de caravanas que verdaderas casas; y mientras que las nuestras dan idea de un nido de familia, éstas parecen posadas donde los grupos de una población errante se retirarían con indiferencia para pasar la noche. Personas que conocen bien España me han dicho que generalmente son así las casas en toda la Península».¹²³

Sus peripecias para tratar de conseguir muebles son realmente cómicas:

«Un piso en Palma se compone de cuatro paredes absolutamente desnudas, sin puertas ni ventanas. En la mayor parte de las casas burguesas no tienen cristalerías y cuando quieren procurarse esta comodidad, muy necesaria en invierno, hay que empeñar por encargar los marcos. Cada inquilino al irse (y la gente

¹²² DEMBOWSKI: *Dos años*, tomo II, pp. 113.

¹²³ SAND: *Un invierno en Mallorca*, pp. 97-98.

apenas se traslada) se lleva consigo las hojas de las ventanas, las cerraduras y hasta los goznes de las puertas. Su sucesor está obligado a reemplazarlas, a menos que prefiera vivir a pleno aire, costumbre muy extendida en Palma.

Ahora bien, se necesitan al menos seis meses para que se construyan, no sólo las puertas y las ventanas, sino también las camas, las mesas, las sillas, y cualquier mueble por sencillo y primario que sea. Hay muy pocos obreros, no trabajan a deprisa y les faltan útiles y materiales. Siempre hay una razón para que el mallorquín no se apresura. ¡La vida es tan larga! Se necesita ser francés, es decir, extravagante y testarudo, para querer que una cosa se realice inmediatamente. Y si se ha esperado ya seis meses, ¿por qué no esperar seis más? Y si no está contento del país, ¿por qué permanecer en él? ¿acaso hemos ido a buscarle? Muy bien podíamos pasarnos sin la presencia del extranjero. ¿Creen haber venido

aquí para trastornarlo todo? ¡Oh! De ninguna manera, nosotros, entiéndase bien, dejamos decir pero hacemos lo que nos place.

–Pero ¿no hay nada para alquilar?

–¿Alquilar? ¿Qué es esto de alquilar muebles? ¿Acaso los hay de sobra para alquilarlos?

–Pero ¿no los hay para vender?

–¿Vender? Sería preciso que los tuviéramos hechos, y ¿creéis que nos sobra tiempo para hacer los muebles sin que nos los encarguen? Si los necesitan háganselos enviar de Francia, puesto que hay de todo en aquel país:

–Pero, para mandarlos a buscar a Francia hay que esperar, por lo menos seis meses, y pagar los derechos. Así, pues, cuando se comete la tontería de venir aquí ¿la única manera de repararla es marcharse?

–Es lo que le aconsejaría. En todo caso, ármese de paciencia, de mucha paciencia; mucha calma que es prudente consejo mallorquín». ¹²⁴

¹²⁴ SAND: *Un invierno en Mallorca*, pp. 72-73. Prescindiendo de lo irónico, parece indudable que en las casas españolas no había un gran despliegue de muebles. Badcock señala que «los españoles son grandes economistas y acaparadores de dinero. Sus casas están miserablemente amuebladas; la habitación principal, quizás, puede estar esterada, y tener un sofá, con unas pocas viejas sillas y una mesa. Los suelos están generalmente enladrillados.»